

La ironía de la política de la memoria en una época post-heroica: Chile y la cultura mundial

Steve J. Stern

El 8 de diciembre de 1982, mientras la dramáticamente violenta dictadura chilena seguía, ya entrando su décimo año, había llegado el momento de que el escritor Gabriel García Márquez pronunciara su discurso de aceptación del premio Nobel en la Academia Sueca de Estocolmo. La dictadura encabezada por el general Augusto Pinochet se había iniciado el 11 de septiembre de 1973 con el bombardeo del palacio presidencial, dentro del cual permaneció Salvador Allende, el presidente legítimo elegido en 1970. Allende había prometido realizar por vía democrática una revolución socialista – un experimento audaz que prendió en la imaginación de socialdemócratas y radicales de diferentes partes del mundo, Europa incluida. Durante un discurso pronunciado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1972, Allende había cosechado clamorosos aplausos, después de plantear elocuentemente su visión y su lucha contra la corriente y el imperialismo. El día de la crisis final se negó a ceder al ultimátum que pedía su rendición y, después de pronunciar una alocución radiofónica proclamando su lealtad a los trabajadores y al pueblo, prefirió morir asediado antes que intentar escapar y vivir con la comodidad propia de un ex dirigente en el exilio.

La espectacular imagen del palacio envuelto en llamas y humo, que transmitió la violencia tan chocante del golpe de Estado, se difundió rápidamente por los medios de comunicación del mundo y, unido a las informaciones sobre detenciones y ejecuciones masivas, causó la consternación y sensación de vértigo que pueden inspirar la solidaridad. Durante la década de 1970 la situación de emergencia en Chile provocó la creación de redes que, superando la división entre el Este y el Oeste, propia de la Guerra Fría en Europa, iban desde países como Italia y Francia hasta Alemania Oriental y la Unión Soviética. Incluso en las Américas, la suerte de los chilenos fue un catalizador de la movilización y la acción política, tanto en países ricos del Norte como en naciones más pobres del Sur: en Estados Unidos y Canadá, tanto como en México y Venezuela. En las Naciones Unidas la violencia de la dictadura chilena provocó la creación de un Grupo de Trabajo Ad Hoc sobre la Situación de los Derechos Humanos en Chile. Las resoluciones condenatorias anuales de la Asamblea General recabaron un amplio apoyo, no sólo del bloque soviético, sino de Europa Occidental y de gran parte del Tercer Mundo.

En pocas palabras, Chile, como símbolo de una gran causa y como experiencia de aprendizaje internacional plasmada en redes de colaboración y movilización, fue vital para el proceso de construcción de una cultura internacional de respeto a los derechos humanos. En las redes participaban con frecuencia los propios chilenos exiliados. La situación de emergencia en Chile inspiró nuevas formas de concientización, testimonio e insistencia en el respeto a los derechos humanos en todo el mundo. Dicho de otro modo, como símbolo, y en relación con su tamaño demográfico y económico, Chile cobró una importancia desmesurada. No sólo fue la difusión y constante reproducción de la imagen del

bombardeo de la Moneda. También el propio Pinochet que, tieso como un palo y con gafas oscuras, poco después de que la junta tomara el poder, se convirtió en el símbolo visual de una polémica y una malevolencia más amplias. Pinochet no sólo encarnaba la situación de emergencia en Chile, sino el problema de las dictaduras que, practicando «guerras sucias», se extendían por Sudamérica. En Argentina, Uruguay y Brasil, al igual que en Chile, hubo regímenes dictatoriales que, dedicados a proyectos *policidas* empeñados en acabar con lo político – más precisamente, con la manera anterior de hacer y entender lo político – y en re-educar a los ciudadanos, mostraron una determinación asombrosamente violenta y aterradora, destinada a erradicar para siempre cualquier concepción o práctica política que se basara en la movilización democrática y la acción directa. Pinochet y el Chile que él gobernó no sólo representaban la maldad latinoamericana sino la complicidad estadounidense tan notoria durante el régimen de Nixon-Kissinger, una época en la que la perversidad estaba al servicio del anticomunismo. En la década de 1970, los despertares morales relacionados con grandes violaciones de los derechos humanos tuvieron mucho que ver con la influencia de Chile.

Así es que, al acercarse el momento en que Gabriel García Márquez se dirigiría desde Estocolmo a un público mundial, había muchas razones para recordar a Chile. La lucha y la catástrofe del país de proporciones épicas – ese arco que va desde el experimento democrático a la represión despiadada, acompañado de una historia afín a la lucha de David contra Goliath, de la que éste, encarnado en Estados Unidos, salía triunfante – había tenido en la cultura internacional una importante resonancia. Pero en Estocolmo también habían propias razones específicas locales y regionales para recordar a Chile. Inmediatamente después del golpe, los países escandinavos y el embajador sueco Harald Edelstam habían liderado las iniciativas de concesión de asilo a chilenos, y también la formación de las primeras redes solidarias internacionales y la constitución de tribunales simbólicos que juzgaran a la junta por sus crímenes. Ésta declaró *persona non grata* al embajador Edelstam en diciembre de 1973. Por otra parte, el último premio Nobel de literatura entregado a un latinoamericano había recaído en el gran poeta chileno Pablo Neruda, comunista y partidario de Allende. Neruda había pronunciado su discurso de aceptación del premio en Estocolmo en 1971, un año en el que el experimento de revolución socialista por métodos democráticos se había apuntado algunos tantos políticos y económicos, y en el que quizá aún tenía posibilidades de seguir teniendo algunos éxitos.

No obstante, a pesar de esa conexión escandinava, las experiencias de «guerra sucia» no habían amainado en Latinoamérica. Centroamérica ardía por los cuatro costados. En Nicaragua, guerrilleros *contras*, con apoyo estadounidense, irrumpieron desde Honduras para hacerle sangrar la revolución sandinista. En El Salvador y Guatemala, regímenes despiadados recurrían a tácticas de tierra quemada contra las comunidades campesinas e indígenas, y también contra quienes defendían la justicia social. Entretanto, Estados Unidos había pasado de Carter a Reagan y la historia, como viajar por un círculo, parecía haber regresado a la época en que Nixon y Kissinger apoyaban la brutalidad y la ilegalidad violentas.

Ante esa situación de emergencia política, el escritor no podía evitar convertirse en una especie de embajador continental. Así que, después de encantar y enganchar a su

público haciendo un repaso de lo «asombroso» de los relatos de la época colonial y de las grandes navegaciones, que parecen invenciones aunque en realidad retrataran «nuestra realidad de aquellos tiempos», García Márquez avanzó hacia el presente. Desde la época en que Neruda había hablado allí mismo, apuntó, «No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército...». La alusión a Chile y a Allende, bien conocidos del público, marcó el inicio de un elocuente repaso a una realidad humana que, aunque de puro extrema resultaba increíble, no dejaba de producirse en América del Sur y Central. «Me atrevo a pensar, que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las Letras». Esa realidad alimentaba la creatividad tanto como el dolor, pero también suponía un especial problema para los escritores. «Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida».

La magnitud de lo que estaba en juego en el Chile de 1973 y bajo el régimen de terror de Estado posterior tuvo eco en la cultura mundial. En Chile y muchos otros países había actores sociales emocionados, indignados y abrumados por los sucesos, en una época en la que la propia conciencia del respeto a los derechos humanos estaba dando un nuevo giro en la cultural internacional. En su calidad de símbolos épicos, Allende, Pinochet y Chile, unidos a los testimonios directos de muchos ciudadanos corrientes y activistas exiliados, y también a la aparición de redes reivindicativas internacionales, proporcionaron medios para hacer creíbles la indignación y la urgencia. El impacto de Chile en la cultura mundial – reactivado por la detención de Pinochet en Londres en 1998, que, apoyándose en la teoría jurídica de la jurisdicción universal, sentó un precedente al acusarle de crímenes contra la humanidad – es una de las razones que, cuarenta años después del bombardeo de la Moneda y del golpe, avala la importancia de este libro.

Otra razón es que dentro del propio Chile la política de la memoria resultó esencial, durante el régimen militar de las décadas de 1970 y 1980 y durante la polémica transición democrática iniciada en 1990, tanto para otorgar legitimidad política como para quitarla. La sociedad chilena, muy consciente del carácter fundacional de la crisis de 1973, ha quedado sin embargo profundamente dividida por lo ocurrido entonces y durante el régimen militar, y por su significado. El régimen militar contó con un considerable apoyo social, probablemente mayoritario en sus inicios, y llevó a cabo una profunda remodelación de la vida política, social y económica. Además, junto a su policía secreta, la dictadura se entregó a prácticas de negación y desinformación, destinadas a refutar la realidad del terror de Estado, patente en las ejecuciones, desapariciones (secuestros que tenían como consecuencia que hubiera ciudadanos que se «volatilizaban» definitivamente) y torturas de prisioneros. En realidad la desinformación pretendía hacer desaparecer, de la cultura y la memoria, no sólo a las personas secuestradas y misteriosamente volatilizadas, sino a las otras víctimas y los hechos represivos en general.

En esas circunstancias, las «luchas por la memoria», que giraban en torno a qué hechos verdaderos y fundamentales no se podían olvidar, así como su significado para el presente y el futuro, se abrieron paso en la política y la cultura pública, aún durante la propia dictadura de 1973-1990 y no sólo durante la transición posterior. Para el régimen y sus partidarios, las violaciones a los derechos humanos eran «excesos» individuales, no una política de Estado sistemática. Habían sido mucho menos frecuentes de lo que decían sus detractores y eran consecuencias comprensibles, aunque lamentables, del esfuerzo por llevar el progreso y la modernidad a la sociedad, mientras se intentaban aplastar las amenazas de quienes la habían llevado al borde de la guerra civil durante la época de Allende. Para los detractores del régimen, lo importante era precisamente el terror de Estado que había reventado la vida de muchas familias, rasgando el tejido social: una situación que se agravó al negarse la profundidad y violencia de las heridas. Para los defensores de los derechos humanos que luchaban a pesar de tenerlo todo en contra, la memoria, es decir, lo que no debe y no puede olvidarse, planteaba cuestiones de índole tanto moral y existencial como política.

La memoria era un valor estrechamente ligado a esa sensibilidad de tener que llegar a un ajuste de cuentas, que pendía sobre la transición democrática. Es decir, se trataba de asumir y aceptar una verdad y una justicia negadas durante mucho tiempo, y hacerlo de una manera que afianzara la legitimidad, la permanencia y los valores fundamentales de la transición democrática, a pesar de que el legado del régimen pinochetista siguiera suscitando divisiones y de que el propio Pinochet continuara siendo comandante en jefe del Ejército hasta marzo de 1998. Como los editores de este volumen apuntan con perspicacia, dialogando con la disciplina de la ciencia política, lo que la política de la memoria ofrece conceptualmente es la conciencia analítica de que, para comprender el difícil renacimiento que experimentan las entidades políticas democráticas después de períodos de atrocidades violentas, es preciso atender a las «relaciones tanto de la voz como del silencio», justamente porque las memorias colectivas, «para las identidades políticas colectivas, tienen un carácter tan fundacional como constitutivo».

Dicho de otro modo, el carácter épico de lo ocurrido en Chile -- la lucha por la supervivencia del experimento de Allende, seguido del combate de vida o muerte de las familias durante una dictadura empeñada en cometer un *policidio* -- se apreció no sólo en el extranjero sino dentro del país en camino a remodelar por la fuerza su propia cultura política. Durante el régimen militar, la historia oficial otorgó un carácter heroico a la memoria, protagonizada por soldados redentores que, ante la ruina de la sociedad y la amenaza de un baño de sangre por parte de la izquierda, respondieron a regañadientes pero patrióticamente al clamor de un pueblo que necesitaba salvarse. Durante las semanas inmediatamente posteriores al golpe, el nuevo régimen organizó una espectacular campaña de propaganda basada en revelaciones sobre el «Plan Z», una supuesta conspiración izquierdista iniciada durante el régimen de Allende que, con apoyo extranjero, pretendía imponer una dictadura, masacrando primero a los oficiales reunidos para celebrar el Día de la Independencia, para después asesinar a líderes políticos y ciudadanos. Las informaciones sobre arsenales secretos, campos de entrenamiento de guerrilleros, dispensarios y hospitales de guerra, túneles subterráneos y depósitos, y listas de personas a las que asesinar, compuestas por personalidades de todo el país y sus familias, nutrieron

una serie de escalofrantes revelaciones. Cuando Pinochet dirigió un discurso a la nación con motivo del primer mes transcurrido desde el golpe, todos comprendieron la alusión fundamental que justificaba esa heroica memoria: «Los siniestros planes para realizar la masacre de un pueblo que no aceptaba sus ideas, se habían preparado en forma subterránea. Países extranjeros enviaron armas y mercenarios del odio para combatirnos. Sin embargo, la mano de Dios se hizo presente para salvarnos, a pocos días de consumarse el crimen...». Una memoria heroica de tipo redentor y con ella la idea de una guerra constante contra un enemigo clandestino, decidido a superar su derrota, resultaron cruciales para proporcionar legitimidad y base social al régimen y otorgar patente de corso a la policía secreta. Las acusaciones relativas al Plan Z no resisten un análisis histórico, pero en su momento mucha gente las creyó y, años después, las recordaban como algo «cierto».

En su último día, Allende también comprendió que la memoria sería crucial para el futuro. Durante su alocución radiofónica final, transmitida por la única torre de comunicaciones leal que la Fuerza Aérea aún no había bombardeado, calibró la importancia del momento. Sus palabras se convertirían en un «castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron» y él no iba a poner fin al régimen constitucional dimitiendo. «Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo». Estaba seguro de que «la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente». La fuerza bruta sería transitoria, porque «no se detienen los procesos sociales... La historia es nuestra y la hacen los pueblos».

No obstante, si la violencia y la magnitud de la crisis del 11 de septiembre, y la conciencia política de los propios actores, garantizaron que la política de la memoria fuera decisiva para el futuro, nadie podía prever el carácter irónico que acabaría teniendo. El momento épico dio lugar a memorias y anti-memorias heroicas, pero también a un giro hacia una concepción post-heroica de la política.

La memoria heroica no salió de la nada. Desde la década de 1930 América Latina y Chile habían vivido una época de heroicos conceptos políticos, ligados a la concepción de Estado y también de pueblo. Una y otra traerían consigo una transformación: el levantar una sociedad necesitada de redención. Nuevos tipos de líderes políticos, desde populistas a revolucionarios, se llevarían por delante el legado de un régimen dirigido por una pequeña oligarquía y lo que éste conllevaba: el atraso y la injusticia. Los dirigentes-héroes darían paso a una época de inclusión política y avance material para personas en su día excluidas y explotadas: los trabajadores, los pobres urbanos, entre ellos los emigrantes de las zonas rurales, los campesinos y los sectores de clase media baja con dificultades, todos ellos constitutivos del «pueblo», la mayoría social de una población humilde a la que históricamente se le había negado un acuerdo justo con el Estado y las élites. Esos sectores conformaban «lo popular», la gente modesta que, a pesar de ser las raíces de la auténtica nación histórica, había visto enormemente pospuesto el momento de su realización. El apoyo estatal a las mejoras salariales y la influencia sindical, la vivienda y el acceso a la sanidad, la reforma agraria y el establecimiento de precios asequibles para los productos

básicos, además de a proyectos de industrialización públicos y políticas fiscales y crediticias dirigidas a la sustitución de las importaciones, conducirían a una nueva sociedad provista de un nuevo pacto social: no sólo a un Estado de bienestar y desarrollo sino a una especie de romance entre el líder heroico y el pueblo. En algunos países, el nuevo tipo de Estado lo encarnó realmente un gran líder que, al destacar como tal, desarrolló una nueva arquitectura estatal que dejó una impronta duradera: los ejemplos más famosos fueron los de Lázaro Cárdenas en el México de la década de 1930 y Juan Domingo Perón en la Argentina de la de 1940. En Chile, el nuevo tipo de «Estado de compromiso» surgió de la coalición centro-izquierda del Frente Popular de finales de la década de 1930 y de una cultura basada en la competencia electoral pluripartidista. Sin embargo, al término de la década de 1960, el Estado heroico también se encarnó en dos líderes rivales que se adueñaron de la imaginación popular: el demócratacristiano Eduardo Frei Montalva, elegido presidente en 1964, y el socialista Salvador Allende, presidente en 1970. Ambos prometieron una revolución.

No obstante, la idea de una acción heroica que elevara a la nación no sólo recayó en los líderes estatales y tampoco se redujo a una concepción del cambio social generada desde arriba. Al mismo tiempo, y sobre todo en la izquierda, la idea de un pueblo creador del nuevo futuro de la nación cobró también dimensiones heroicas. A pesar de que durante mucho tiempo la Historia los había convertido en víctimas y excluidos, los sectores populares habían forjado sus propias historias de resistencia y movilización. Durante el siglo XX, su combatividad, organización y lucha por los derechos sociales habían logrado por fin una expresión política eficaz y darían por fin frutos. Al despedirse durante su elocuente discurso radiofónico, Allende se dirigió a los trabajadores, símbolo último de esta concepción, agradeciéndoles que depositaran su confianza «en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia». Era tanto servidor como héroe. También se dirigió a otros sectores: a las mujeres que, como campesinas, trabajadoras y madres, le habían apoyado; a los sectores patrióticos de los profesionales de clase media, y a los jóvenes «que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha». Como Allende comprendió al ver durante su presidencia las acciones directas y las tomas que reorganizaron la vida y la propiedad de las fábricas, así como el proceso de reforma agraria y la geografía social de la vivienda urbana, el proyecto de transformación de Chile era tanto un proyecto dirigido desde abajo, por activistas sociales y políticos que se consideraban líderes de un insistente pueblo, como un proyecto dirigida desde arriba, por un presidente elegido democráticamente que tenía que lidiar con la legalidad y negociar con el Congreso. Esas dos dinámicas habían sido muy difíciles de conjugar y reconciliarse. Pero cuando Allende aseguró a sus oyentes que ese esfuerzo combinado acabaría por imponerse («La historia es nuestra y la hacen los pueblos») sabían bien lo que decía. Los artífices de la gran transformación que algún día llegaría serían los actores sociales populares, no sólo los líderes políticos.

Cuando el experimento de transformación socialista democrática acabó en pesadilla, los nuevos detentadores del poder también se consideraron héroes que, empeñados en una gran transformación, enmendarían los excesos de una democracia desbocada, enseñarían al pueblo sufriente a aceptar un régimen tutelado y tecnócrata y ofrecerían una concepción totalmente nueva de la relación entre el Estado, la sociedad y la

economía. En este último sentido, el papel del Estado sufriría una reducción drástica y el ciudadano se realizaría como consumidor emancipado del poder público, no como titular de derechos económicos negociados con él a través de asociaciones y de la movilización política.

En pocas palabras, el Estado fomentó al mismo tiempo el *policidio* (el asesinato de como hacer, vivir y pensar lo político) y la revolución económica neoliberal. Chile estaba en la vanguardia mundial, no sólo como líder de la batalla política contra el comunismo internacional, sino como precursor de una revolución económica posteriormente promovida y generalizada por Reagan y Thatcher. Dicho de otro modo, en la época de Frei y Allende los defensores de los privilegios sociales también habían participado de una cultura política que dio lugar a engreimientos heroicos, pero desde el otro extremo, aquel que se alarmaba ante los experimentos que desgarraban el orden social correcto. Vinculando su destino a una cruzada anticomunista, dirigida por soldados que rescatarían a la sociedad de la ruina y el derramamiento de sangre, las fuerzas sociales conservadoras recuperaron la iniciativa y erigieron una memoria heroica alternativa.

En el caso de Chile, cuya dictadura fue la más personalizada de los regímenes *policidas* que se extendieron por Sudamérica en las décadas de 1960 y 1970, el héroe político tenía un nombre y se convirtió en un símbolo nacional e internacional: era el general Augusto Pinochet. Durante un largo cuarto de siglo, primero como presidente de la junta militar que rigió los destinos de Chile entre 1973 y 1990, y después como comandante en jefe del Ejército cuya Constitución condicionó la transición democrática, sin permitir que los presidentes civiles elegidos democráticamente lo removieran del cargo entre 1990 y 1998, Pinochet centró las iniciativas destinadas a envolver el régimen militar en una política de la memoria heroica. La Divina Providencia le había elegido para salvar a Chile.

Los héroes políticos pueden tomar vuelo mítico por un tiempo, pero también suelen perder su mística y volver a la tierra. Las consecuencias históricas a corto plazo no siempre encajan con las de larga duración. La ironía de la política de la memoria en Chile es que las memorias y contra-memorias heroicas que definieron la crisis de 1973 no podían perdurar sin sufrir una nueva transformación.

Por una parte, el mundo cambió. Los grandes relatos de cruzadas que definieron los proyectos políticos durante la época de la Guerra Fría y la Revolución en el Tercer Mundo entre mediados y finales del siglo XX dieron paso a nuevos paradigmas políticos e intelectuales: la reestructuración neoliberal de la economía mundial, la aparición de movimientos sociales menos atados a concepciones políticas partidistas, el escepticismo posmoderno ante todos los grandes relatos, y concepciones del bien social y la defensa de los derechos mundiales mucho menos estatistas. Dicho de otro modo, cuando el escepticismo socava la política de las grandes transformaciones, el líder que evita prometer una revolución pero sin dejar de empeñarse en una búsqueda del bien social coherente con los valores que profesa, puede suscitar, a pesar de los condicionantes y frustraciones

inherentes al cambio gradual, un nuevo tipo de aprecio y reconocimiento. Chile no ha escapado a este cambio de paradigma. Sin embargo, como bien explica este libro, dicha transformación no evitó los avances en materia de derechos humanos y política de la memoria, atribuibles en medida importante a la insistencia de varios actores sociales ciudadanos.

A largo plazo, la ironía se agudiza si pensamos en los temas prioritarios que definen las agendas y el debate políticos, Como he planteado en otro trabajo (el tercer tomo de la trilogía sobre la memoria en Chile), incluso cuando la política de la memoria de los derechos humanos cobraba impulso, reformulando sensibilidades culturales y allanando nuevos caminos al abordar sistemáticamente cuestiones relativas a la tortura a partir del periodo 2003-2004, en cierto modo los avances acumulados respecto de las políticas de la memoria y los derechos humanos fueron ilusorios, ya que no implicaron la consolidación de un lugar central y constante en la agenda política. Durante el Gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010), la política de la memoria se extendió de forma poderosa a nuevos ámbitos, alcanzando no sólo las clásicas violaciones del derecho a la integridad física y mental de las víctimas, también otros legados de la dictadura, entre ellos políticas que determinaban las oportunidades educativas, la desigualdad socioeconómica y la pensión de jubilación. Al mismo tiempo, las políticas públicas esenciales no se redujeron a las de la memoria, tal como se habían entendido y puesto en práctica tradicionalmente. Cuestiones como el transporte colectivo urbano, la igualdad de género, el acceso al control de natalidad para las jóvenes pobres, las reservas económicas destinadas a generar gastos que mitigaran la crisis económica mundial, los proyectos de inversión hidroeléctrica masivos y los derechos de las comunidades indígenas, entre otras, determinaron la agenda y la legitimidad política. Al término de su presidencia, Bachelet tenía una gran popularidad, no sólo porque se la identificara mucho con una política de defensa de los derechos humanos, sino porque se había ocupado de otros problemas. Igualmente importante era que proyectara un estilo que encajaba perfectamente con una época política post-heroica: el de una presidenta dialógica, más interesada en la participación y la colaboración de los ciudadanos en la vida pública que en la política partidista.

En consecuencia, la ironía de 1973 fue que generara memoria y contra-memoria heroicas, pero que al mismo tiempo desatara una transformación a largo plazo – por una parte, en las relaciones entre el Estado, la sociedad y la economía, y, por otra, en las sensibilidades que influyeron la vida ciudadana y las agendas de políticas públicas – que acabó socavando las concepciones heroicas de lo político. Chile no fue una isla durante la transición mundial hacia las sensibilidades políticas post-heroicas y el derrumbe de los proyectos conformado en la intersección entre la Guerra Fría y la Revolución del Tercer Mundo. Con todo, no cabe duda de que las dinámicas contrapuestas fueron especialmente intensas en Chile, porque la crisis de 1973 generó un poderoso culto al héroe-dictador y también la lucha por erradicarlo, allanando al mismo tiempo el camino para que el país se convirtiera pronto en un laboratorio de políticas neoliberales de choque, destinadas a reestructurar el Estado, la economía y la sociedad.

Por otra parte, el retroceso y finalmente el colapso de la memoria heroica no sólo fueron fruto de tendencias estructurales de larga duración. También hubo razones muy

concretas para que Pinochet, como héroe político, acabara volviendo a pisar la tierra. Las nuevas violaciones a los derechos humanos que se conocieron, los asombrosos escándalos de corrupción y las demandas judiciales presentadas contra él, tanto en Chile como en el extranjero, se conjugaron para convertirle en un personaje tóxico, en un lastre hasta para su menguante base social. A su regreso a Chile en 2000, después de haber permanecido en arresto domiciliario en Londres, Pinochet fue de mal en peor. Sobre todo entre 2004 y 2006, cuando el descubrimiento de unas abultadas cuentas corrientes en el exterior, incompatibles con la imagen del austero y sacrificado patriota, y una serie de denuncias penales y revelaciones relativas a violaciones de derechos humanos produjeron una situación incómoda y un problema político que le enajenaron incluso el apoyo de algunos de sus partidarios. Para conservar y defender el legado del régimen militar, y en concreto las políticas económicas que habían remodelado la estructura de la propiedad, la renta y las oportunidades vitales, era preciso despersonalizar el propio régimen. Más que nunca, la defensa de éste y de sus ventajas exigía distanciarse de un líder que, según parecía, era un mafioso, no un héroe, y que era responsable de violaciones graves a los derechos humanos, además de haberse enriquecido en secreto. Quienes habían sido partidarios e incondicionales de Pinochet se encontraron necesariamente en una situación incómoda y ambivalente: inmediatamente después de la muerte de Pinochet, registrada en diciembre de 2006, sentían la obligación de demostrar algún tipo de gratitud, hasta emotiva, aunque fuera brevemente. Para sus partidarios más recalcitrantes, el fallecimiento también podía suscitar el deseo de iniciar una rehabilitación de su imagen a largo plazo.

El presente libro ofrece investigaciones e interpretaciones vitales para comprender de qué manera la política de la memoria, la voz y el silencio redefinieron el entorno chileno al construir nuevas sensibilidades sobre los derechos humanos, desatar ajustes de cuentas en materia de justicia y tortura, crear geografías de memorialización, y conformar la opinión pública y los momentos rituales. De este modo, pone de manifiesto una ironía fundamental: la memoria es esencial para la creación de la identidad política, la comunidad y la democracia después de una época de atrocidades, pero sus efectos también pueden socavar el impulso de creación de un héroe político. A la larga, aceptar que en 1973 fracasó estrepitosamente un sueño de justicia social no refuerza un heroico engrimiento político. Tampoco la difícil y penosa labor que mina el culto al héroe-dictador, al documentar y asumir las atrocidades de una dictadura que, empeñada en cometer un *policidio*, arremetió violentamente contra ciudadanos desarmados, vistos entonces únicamente como enemigos demonizados.

Cuando el héroe político se desintegra, lo que queda en pie, sin embargo, es el héroe moral: la persona cuyos valores y consecuencia – cuya persistente lealtad a los valores que ha profesado en medio de circunstancias políticas muy difíciles – terminan inspirando a los demás. Durante la lucha por los derechos humanos de la dictadura y la transición democrática, en Chile surgieron personas así en diversos sectores ciudadanos, eclesiásticos y políticos.

El problema de la memoria que se planteó en Chile durante sus épocas más trágicas es de índole tanto existencial y moral, como político. Así lo entendió Salvador Allende

hace cuarenta años, la mañana de ese martes 11 de septiembre de 1973 que cambió a Chile y al mundo. El presidente necesitaba sembrar una semilla moral.

Una nota sobre las fuentes:

Para conocer los discursos del premio Nobel de García Márquez y otros ganadores, entre ellos Neruda, véase www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/ (última entrada: 9 de septiembre de 2012). Aunque en mi trilogía sobre el problema de la memoria en Chile no me centré en el tema de la ironía como tal, las bases empíricas de los acontecimientos descritos en el presente texto aparecen y se documentan en esos libros: Steve J. Stern, *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998*, Durham: Duke University Press, 2004; y para el concepto de *policidio*, véanse sobre todo las pp. 31-32 y 180-181, nota 27; *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*, Durham: Duke University Press, 2006, y para las citas de Allende y Pinochet vistas en su contexto, véanse las pp. 12 y 51; *Reckoning with Pinochet: The Memory Question in Democratic Chile, 1989-2006*, Durham: Duke University Press, 2010, y, en concreto, para la política de la memoria chilena en el contexto histórico mundial, véanse las pp. 377-383. Para conocer el efecto de las intersecciones entre revolución del Tercer Mundo y Guerra Fría sobre la construcción de proyectos políticos heroicos a mediados y finales del siglo XX, y para saber cómo vieron esa dinámica los activistas de base latinoamericanos y observarla desde la perspectiva de las políticas de derechos humanos y solidarias, tres excelentes puntos de partida son los libros de Odd Arne Westad, *The Global Cold War*, Nueva York: Cambridge University Press, 2005; Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser, eds., *In From the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham: Duke University Press, 2008; y Jessica Stites Mor, ed., *Human Rights and Transnational Solidarity in Cold War Latin America*, Madison: University of Wisconsin Press, 2013.